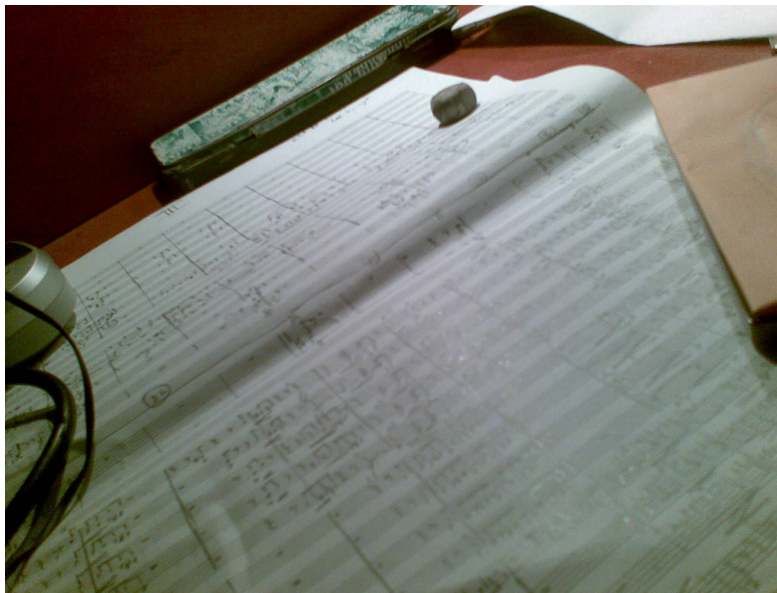


## Sangre nueva en música

Ana Bocanegra Briasco



Habituados como estamos en esta ciudad a nuestro consolidado y más que reputado *Festival Internacional de Música y Danza*, que goza con el sostén de casi sesenta ediciones, la presencia de grandes artistas y autoridades así como con el fervor de los granadinos, fe ciega muchas veces hay que decir, pues se acepta sin demasiado cuestionamiento por quienes pueden permitírselo todo aquello que se programe, propongo algo que tal vez resulte a muchos falta de interés: enfocar nuestra lente en otra dirección y atisbar, aunque sea con brevedad qué otras cosas se incluyen en un festival de música, qué implica y qué conlleva.

Para ello sugiero en primer lugar salir de nuestras fronteras y desviar la mirada hacia un lugar que a más de uno sorprenderá por estar fuera de los circuitos reconocidos tradicionalmente. No estoy hablando de Lucerna ni de Salzburgo sino de un punto del Mediterráneo del que es probable que poco sepamos. Me refiero a Malta, país de reducidas dimensiones que por su situación estratégica fue el caramelo (en sentido literal ya que parece que el nombre procede de la palabra “miel”) que se disputaron a través de la historia las grandes potencias y que en la actualidad, debido precisamente a esa mezcla de culturas y tradiciones que lo ocuparon, goza de una personalidad peculiar y hasta única, reuniéndose en él la apertura y la alegría, el modo de vivir flexible y apasionado del sur de Europa con una presencia permanente de elementos británicos.

Ya ubicados en este país y, por ir jugando con términos musicales, afinando un poco más aún esa nuestra mirada, sigo proponiendo quedarnos con el que todavía es un pequeño festival de música, sobre todo en medios y avaluos, pero que promete ser grande en todo lo demás. Me refiero al *International Spring Orchestra Festival*, felizmente celebrado por cuarto año consecutivo en abril de 2010. Una mirada superficial a un evento de este tipo se limitaría a exponer con más o menos vehemencia que durante una semana, en el delicioso *Teatru Manoel*, una joya del barroco enclavado en La Valletta, tiene lugar una serie de conciertos en los que jóvenes y excelentes músicos ofrecen al público obras clásicas del repertorio así como otras nuevas creadas a veces con motivo del referido festival. Pero no se trata sólo de eso sino de la apuesta fuerte y de la gran convicción de la que parte todo.

El nacimiento de un festival de música en un país como Malta puede a primera vista parecer sencillo por ser una tierra prácticamente virgen en estos asuntos, pero lo cierto es que no lo resulta en absoluto. No debemos, por tanto, pecar de ingenuos y esperar sólo la imagen que de un festival de música

solemos tener, la que guardamos en la retina cuando asistimos año tras año a los conciertos que se celebran en los escenarios más mágicos de nuestra Granada, la del *glamour* (bastante provinciano, por cierto) y el hervidero social, los aplausos, las luces y la calidez de las noches de estío. Librémonos igualmente del “resto” que nos queda en los oídos, algunas interpretaciones soberbias, otras no tanto, es la verdad, de los grandes a quienes, ya se sabe, todo se les permite y las opiniones vertidas en alguna televisión local por alguna señora empingorotada del público que se queda embobada con Tchaikovsky pero para la cual Stravinsky es ya demasiado moderno y suena algo “peor”.

Estamos ante un lugar que ni de lejos goza con la tradición de otros de Centroeuropa en los que la música clásica es respaldada y amparada desde las autoridades hasta el público; esto significa que el esfuerzo de aquéllos que en él se ven implicados se presenta forzosamente multiplicado. Si a esto añadimos que es una sola persona la que organiza y dirige cada edición, las explicaciones estarán de más. En efecto, todavía podemos encontrar un *Schubert* atado a un *Blackberry*. En pleno siglo XXI y con la ayuda de un sinfín de medios tecnológicos, la figura del artista y sobre todo del creador no se ha alejado demasiado del perfil romántico. Ya Mozart comenzó a gestionarse a sí mismo y Wagner y Britten crearon contra viento y marea sus propios festivales (Bayreuth y Aldeburgh respectivamente), pelearon y pasaron de la alegría infinita de ver sus obras allí estrenadas a la desesperación cuando todo estaba a punto de caerse de un momento a otro. No debemos extrañarnos por tanto si en nuestros días nos encontramos a Karl Fiorini, un compositor maltés afincado en París, hombre apasionado y de gran talento que se entrega y arriesga cada año aun a sabiendas de que la mayoría de las veces todo pende de un hilo y la más pequeña contrariedad le puede resultar catastrófica y definitiva. Pero aquí se aúnan un profundo amor a la música y una convicción absoluta en lo que se

hace; igualmente confluyen la valentía, el tesón y una incuestionable apertura de miras, todo ello muy bien orquestado en un mundo más que complejo que suele blindarse para quienes no se rinden a las pleitesías fáciles e interesadas y en el que el efecto de la costumbre puede llegar a ser demoledor.

Muestra de lo que acabo de decir son sin duda la elección de los programas y los intérpretes. En los primeros, vemos que este año se han ofrecido obras que van desde Mozart, Debussy, Ligeti y Bartok a otros más rompedores como Stuart Saunders Smith o el mismo Fiorini. Se juega por tanto con los repertorios clásicos y los más novedosos alcanzando sin problemas de aceptación del público, más bien se diría que todo lo contrario, el delicado equilibrio entre lo tradicionalmente considerado correcto (por los oídos más convencionales) y lo moderno sin rendirse ante la traidora complacencia.

En cuanto a los segundos, los músicos que aquí intervienen son en su mayoría jóvenes magníficamente formados en las mejores escuelas, con carreras brillantes y prometedoras que aportan vigor en sus interpretaciones y la fuerza de la ilusión. En la edición de 2009 se contó con la inestimable presencia de un director de orquesta maltés de renombre internacional como es Brian Schembri pero lo cierto es que en el *International Spring Orchestra Festival* no figuran o mejor dicho no se buscan esos grandes a los que arriba me refiero. No cabe duda de que en algunos años más de uno de los que ahora participa llegue a serlo, es el caso, entre otros, de Emanuel Salvador o de Charlene Farrugia, pero de momento lo que interesa es la frescura y el estímulo sin restar ni un ápice a la calidad ni el rigor.

Y ahora sí, vistámonos si ésa es una costumbre propia con nuestras mejores galas y vayamos a disfrutar de la música, dejemos que la vid y el mirto nos embriaguen los ojos y abandonémonos, en esta tierra de la que se dice ser el escenario en el que Calipso sedujo a Ulises, a nuestro particular canto de las sirenas. No sabemos a dónde llegará todo esto, ojalá que se nos siga

ofreciendo durante muchos años este buen hacer musical pero el reconocimiento en arte ya sabemos que suele llegar bastante tarde y nunca se sabe. Quedémonos de momento con el deseo de asistir en muchas ediciones venideras y con la emoción íntima de haber sido acaso testigos de momentos únicos en la interpretación o la composición. Ahora, ahora llega el aplauso.